

Las manos de la madre

Massimo Recalcati

Las manos de la madre

Deseo, fantasmas
y herencia de lo materno

Traducción de Carlos Gumpert



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Le mani della madre

© Giangiacomo Feltrinelli Editore

Milán, 2015

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo alla traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri italiano – Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano.

Ilustración: fotos © Getty Images

Primera edición: marzo 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6420-5

Depósito Legal: B. 4269-2018

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A todas las madres que he escuchado

Tú no estás más cerca de Dios que nosotros; todos estamos lejos. Pero tú tienes magníficas y benditas las manos. Nacen claras en ti del manto, luminoso contorno; yo soy el rocío, soy el día, pero tú, tú eres la planta.

RAINER MARIA RILKE,
Las manos de la madre

¿Se había dado cuenta usted de que los niños nacen sin pestañas? En el momento de la toma, en el cara a cara insistente, exclusivo, la madre espera, de día en día, en el tiempo infinito de hora en hora, que crezcan las pestañas sobre los ojos antes implumes de su neonato. ¿Cuánto pesa una pestaña? Tal vez lo mismo que el soplo de aliento que se emite para pronunciar un nombre. ¿Estaría pensando en esa unidad de peso su Lacan cuando hablaba del «interés particularizado» que impulsa las atenciones maternas?

ROBERTA ABBONDANZA,
carta personal

INTRODUCCIÓN

Benditas, escribe Rilke, sean las manos de la madre. Bendito el sostén que ofrecen al «rocío» y a los «días» de la vida. Bendita la «planta» de la madre y su memoria.

Presentando públicamente en las más dispares ocasiones (tanto en universidades como en festivales culturales, tanto en escuelas de psicoanálisis como en jornadas de formación de los partidos políticos, en teatros y plazas, en centros comunitarios y en centros religiosos) mis recientes obras sobre la figura paterna, sobre su declive y sobre la necesidad de su replanteamiento radical «desde la base»,¹ ocurre siempre, sin excepción, que en determinado momento del debate se levante una mano –de mujer por lo

1. Cito por orden de publicación: *Cosa resta del padre? La paternità nell'epoca ipermoderna*, Raffaello Cortina, Milán, 2011 [trad. esp.: *¿Qué queda del padre?*, trad. de Silvia Grases, Xoroi, Barcelona, 2016]; *Il complesso di Telemaco. Genitorie e figli dopo il tramonto del padre*, Feltrinelli, Milán, 2013 [trad. esp.: *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*, trad. de Carlos Gumpert, Anagrama, Barcelona, 2014]; *Patria senza padri. Psicopatologia della politica italiana*, conversación con Christian Raimo, Minimum fax, Roma, 2013.

general— para hacerme la misma pregunta: «¿Y la madre? ¿Por qué no habla usted nunca de la madre, por qué descuida la importancia de la madre? ¿Qué queda de la madre en nuestro tiempo?»

Este libro toma muy en serio esa pregunta y aspira a proporcionar una primera respuesta articulada. En las páginas que siguen me concentro en la experiencia de la maternidad, en su herencia y en sus fantasmas, en sus luces y en sus sombras. Trato de interrogarme sobre el misterio de la maternidad y, más en concreto, sobre lo que queda de la madre en esta época de declive de su representación patriarcal.

En los últimos años me he dedicado a la figura del padre, a su evaporación y, sobre todo, a lo que queda de sus funciones en una época que ha dejado atrás la figura tristemente opresiva del padre-amo. Sin nostalgia de su autoridad disciplinaria, de su mirada severa ni de su atronadora voz. Contra quienes me han acusado de querer exhumar esta figura de la paternidad, siempre he aclamado y dado la bienvenida a esta época que ha visto su disolución. No siento añoranza alguna respecto a la fascinación oscura por la Ley inhumana del padre-amo.

Al elevar al padre a una especie de ideal disciplinario represivo, la cultura patriarcal nos legó y al mismo tiempo nos impuso una versión de la madre igualmente incómoda. Me refiero a la madre del sacrificio y de la abnegación, a la madre como destino ineluctable de la condición de mujer. La ideología patriarcal que hoy está exhalando sus últimos y, en ocasiones, desesperados suspiros pretendía reducir el ser de la mujer al de la madre. Solo la figura de la madre podía sancionar una versión socialmente aceptable, benéfica, positiva, saludable, generativa de la feminidad. En cambio, la mujer divorciada de la función materna apare-

cía como la encarnación de los fantasmas más malignos: maldad, pecado, lujuria, falta de fiabilidad, brujería, crueldad. Mientras que la mujer que se realizaba en la maternidad enmendaba los aspectos más inquietantes de la feminidad, la mujer que se negaba a limitarse únicamente a la maternidad, renunciando a su libertad, acarrea el estigma de una anarquía peligrosa y antisocial que había de ser redimida con las herramientas de la moral pedagógica, la psiquiatría o la marginación social. En definitiva, según la perspectiva de la ideología patriarcal, solo el acceso a la maternidad podía conferir una forma de realización benéfica y públicamente aceptable a la mujer.

Se trata de una versión esquizoide y maniquea de la feminidad (madre=bien, mujer=mal), que constituye la espina dorsal de la representación patriarcal de la maternidad y que con toda razón ha sido criticada y superada. La libertad social y sexual adquirida por las mujeres en las últimas décadas ha subvertido, de hecho, tal representación. Hoy en día las mujeres trabajan, están socialmente comprometidas y, al igual que los hombres, tienen poco tiempo para dedicar a sus hijos. La organización social de nuestra vida no facilita, en efecto, la integración fructífera entre la mujer y la madre, sino, al contrario, favorece su divorcio. A causa de ello, han brotado nuevos fantasmas que introducen inéditas versiones patológicas de la maternidad; no ya la tradicional de la madre que devora su propio fruto, que no deja marcharse a su propia criatura, sino la hipermoderna de la madre que vive los hijos como un obstáculo para su afirmación social.

En nuestro tiempo, la maternidad no depende ya de la capacidad generativa ni del sexo de los progenitores. Algunas evidencias que regulaban el proceso de filiación –la generación proviene del coito, la sexualidad es la primera

condición de la generación, la función paterna y materna están sostenidas, respectivamente, por una madre (mujer) y un padre (varón)— están saltando irreversiblemente por los aires. La ciencia y el derecho facilitan la posibilidad de tener un hijo sin pasar por la generación sexual de los cuerpos y prescinden del deseo de maternidad como evento que nace de un vínculo amoroso. Se ha consolidado una nueva industria —la de la reproducción asistida médicamente— que ha hecho que el deseo de maternidad se vuelva autónomo respecto al deseo amoroso hacia el otro sexo.

Se trata del trasfondo hipermoderno de este libro, que nos impone una serie inédita de preguntas: en un época en la que el coito ya no resulta necesario para la fecundación y los sexos de los padres no tienen por qué corresponder necesariamente con la heterosexualidad anatómica, en una época en la que el sexo se ha desprendido de las leyes de la naturaleza y ha sido colonizado por la ciencia, en una época en la que la noción neutra de progenitor (1 y 2) parece querer reemplazar a la de padre y madre, ¿sigue teniendo sentido plantearse el problema de la diferenciación simbólica entre función paterna y función materna? En una época en la que el deseo de maternidad se ha emancipado por completo de la referencia inmediata a la madre como progenitora, como la que trae a la luz del mundo a un hijo, ¿qué es lo que queda de la madre?

¿Qué queda cuando convertirse en madre deja de ser el destino natural de la mujer para pasar a ser una elección en libertad que decide sus tiempos gracias al apoyo de la ciencia y el derecho? ¿Cuando sexualidad y procreación no forman ya un binomio indisoluble?

Un hilo conductor recorre mi trabajo de los últimos años: el tema de la herencia. Este tema plantea con fuerza el problema de la humanización de la vida. Lo que está en

juego son las modalidades mediante las que el deseo se transmite de una generación a otra. Es el gran tema de la filiación simbólica que nuestro tiempo nos obliga a replantearnos desde el momento en que se aprecia, con mayor evidencia cada vez, que el proceso de filiación no depende de la dimensión naturalista de la familia. Pero por más que no sea ya la familia la base natural de la filiación, este dato no elimina en absoluto la centralidad de la filiación simbólica, es más, acentúa ulteriormente, si eso fuera posible, su importancia.

Dos prejuicios especulares han condicionado la lectura psicoanalítica de la función materna. Por un lado, están aquellos que han identificado a la madre como la prisión en la que se halla detenido el niño y al padre como su liberador necesario. En esta identificación, la generatividad materna queda aplastada por una cultura que asimila a la madre con el caos original, con un lugar informe, prelingüístico, indiferenciado, que solo la intervención del padre tiene el poder de ordenar y reglamentar.² Por otro lado, están aquellos que atribuyen a la madre una función tan exclusiva en el cuidado de los hijos que corren el riesgo de acabar cayendo en un proceso retórico de idealización que no tenga debidamente en cuenta la necesidad de que el hijo sea siempre el resultado de Dos y nunca de Uno solo.

Contra el primer prejuicio, este libro quiere demostrar la centralidad activa de la función materna en el proceso

2. En su importante trabajo teórico, Silvia Vegetti Finzi reacciona con vehemencia ante este prejuicio, cuya genealogía mitológica, filosófica y social reconstruye con suma atención. Véase en particular S. Vegetti Finzi, *Il bambino della notte. Divenire donna, divenire madre*, Mondadori, Milán, 1990 [trad. esp.: *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*, trad. de Pepa Linares, Cátedra, Madrid, 1992].

de filiación y de humanización de la vida. Contra el segundo, quiere demostrar que la madre no excluye nunca la ambivalencia y su división interna, que la idealización de la madre «toda ella amor» acaba únicamente por alimentar estériles fantasmas de omnipotencia.

La madre que suprime a la mujer –como sucedía en la versión patriarcal de la maternidad– o la mujer que niega a la madre –como sucede en esta época hipermoderna– no son dos representaciones de la madre, sino dos declinaciones igualmente patológicas. Este libro se detendrá en todo ello, pero sin ninguna intención de reducir la maternidad a su patología. Las enseñanzas de Lacan nos demuestran que la existencia del deseo de la mujer como no totalmente absorbido en el de la madre es la condición esencial para que el deseo de la madre pueda ser generativo. Solo si la mirada de la madre no se concentra en sentido único en la existencia del hijo puede la maternidad realizar plenamente su función. Es lo que nos enseña cotidianamente el psicoanálisis: solo si la madre es «no-toda-madre» puede atesorar el niño experiencia de esa ausencia que hace posible su acceso al mundo de los símbolos y de la cultura.

La contradicción entre la entrega al cuidado y el impulso hacia la propia (y legítima) afirmación personal parece hacer hoy en día casi imposible el oficio de madre: la atención materna entra en conflicto directo con la aceleración maniática del tiempo, totalmente carente de atención, que es enseña de nuestra época dominada por el discurso del capitalista.³ Los cuidados maternos, al contrario

3. Una narración rica y desternillante de esta «imposibilidad» que obliga a la madre contemporánea a estar perpetuamente en vilo entre la madre de los cuidados y la mujer que busca su propia y legítima afirmación personal se halla en E. Gualmini, *Le mamme ce la*

de lo que sucede en todas las esferas de nuestra vida individual y colectiva, nunca son anónimos, genéricos, protocolarios, estándares; nunca se insistirá lo suficiente acerca de la importancia de la atención materna que nunca es cuidado de *la* vida en general, sino siempre y únicamente cuidado de *una* vida en particular.

Estos cuidados no se miden por el número de horas dedicadas a los hijos. El psicoanálisis nos enseña que la presencia sin palabra y sin deseo puede ser bastante más dañina que una ausencia que sabe regalar sin embargo unas (pocas) palabras adecuadas. Lo que sigue siendo insustituible en la madre es el testimonio de que aún puede existir, en nuestro tiempo, una atención que no sea anónima, una atención que ame el detalle más particular del sujeto, una atención capaz de recibir el «rocío» que llega con la luz del día. No existe, en efecto, amor por la vida, al igual que no existe el amor por lo universal. Solo existe el amor por el uno por uno, el amor por el nombre propio, como diría Lacan. Y es precisamente ese amor el que la maternidad –a despecho de todas las transformaciones hipermodernas que han modificado su fenomenología– tiene el cometido de custodiar. Su lección más profunda es la de oponer la atención hacia lo particular como una resistencia irreductible ante la vorágine vertiginosa que impulsa la negligencia absoluta del discurso del capitalista.

Milán, febrero de 2015

fanno, Mondadori, Milán, 2014. Acerca de la condición contemporánea de la maternidad y sus contradicciones véase también C. De Gregorio, *Una madre lo sa. Tutte le ombre dell'amore perfetto*, Mondadori, Milán, 2008 [trad. esp.: *Una madre lo sabe*, trad. de Maite Larrauri, Tàndem, Valencia, 2011].